

STRAWSON (P. F.): *Profesor Ayer's «The Problem of Knowledge»*, en «Philosophy», XXXII, 123, 1957 (págs. 302-314).

El nuevo libro del profesor Ayer es juzgado como muy interesante (ha sido publicado en New York, Macmillan, 1956). Estudia hondamente los fundamentos del conocimiento empírico, reforzando la argumentación que patrocina desde el año 1940, aunque cambiando algunos puntos de vista afectados por las fuertes discusiones promovidas.

Se mantiene el profesor Ayer en su idea de la necesidad de un cierto escepticismo. Pero tal escepticismo no se extiende tanto a lo que se conoce como a sus condiciones de aplicación práctica. O sea que se mantiene escéptico en orden a admitir la evidencia de la conclusión racional a partir de una evidencia anterior.

Estudia los problemas planteados, para la ulterior corrección del proceso epistemológico, en el momento de la percepción de datos, de su recuerdo, de la validez de la confrontación psicológica entre los datos observados por uno mismo y por los demás, y de las condiciones de la individualidad del observador. Insiste mucho en la gran importancia planteada por las «otras mentes».

El libro de Ayer contiene excelentes discusiones de puntos de vista que sería prolijo enumerar. Su exposición es clara, concisa, completa y absolutamente razonable.—A. S.

WHITE (Alan R.): *Moore's Appeal to Common Sense*, en «Philosophy», 126, XXXIII, 1958 (págs. 221-239).

Piensa el autor que la apelación de Moore al «sentido común» ha sido mal entendida tanto por sus defensores como por sus críticos. Ello radica en la previa confusión entre la apelación al sentido y la apelación al lenguaje ordinario.

Moore recibía la noción de «sentido común» como procedimiento de buscar la verdad en estratos de percepción cuya fijación era el primer interés de su análisis filosófico. Muchas veces tomó determinaciones de mero sentido común como verdad indubitable. Sobre todo, en problemas éticos como el de averiguar datos adquiridos directamente con el fin

de asegurarse del carácter de las personas y de la sinceridad o falsedad de las actitudes morales. Mas ello sin eliminar procedimientos filosóficos de obtener esa misma conclusión.

En todo caso, Moore daba mayor importancia a la captación directa del «sentido común», aceptaba como filósofo muchas de tales conclusiones, y ordinariamente la función de la crítica filosófica se reducía en Moore a recapitular y generalizar la verdad de los datos obtenidos por el sentido común. Mas el sentido común requiere también cierto nivel criteriológico para serlo. Debe poseer aceptación universal (esta aceptación debe ser espontánea y natural), y su denegación ha de basarse en cierta inconsistencia manifestada por la crítica, ya refiriéndose al sentido común en general, ya a alguno de sus empleos. Por ello, el sentido común tiene limitaciones de inconsistencia, emanadas del hecho de que la evidencia o intuición no pueda *probar* lo que sea verdadero o falso en su captación. Estos límites tienen gran relación con las actitudes del sujeto, de tal modo que pueda aparecer como bueno o malo aquello que sea solamente agradable o desagradable a un sujeto dado. El sentido común no puede ser probado más que en referencia subjetiva, sino que es el propio sujeto quien expresa lo que puede ser comparado con las opiniones ajenas. Por ello, la veracidad de lo afirmado por el sentido común depende de que sea veraz el propio sentido común. De ahí que Moore pudiera correctamente afirmar que había niveles del sentido común incuestionablemente verdaderos, en cuanto el sentido común se verificase como tal. En ese caso sus conclusiones pueden ser sostenidas incluso frente a puntos de vista filosóficos.—A. S.

II. ONTOLOGÍA

ÉCOLE (Jean): *Le problème de Dieu dans la philosophie de M. Sartre*, en «Giornale di metafisica», Génova, año XIII, núm. 5, 15 septiembre-octubre 1958 (págs. 606-618).

Aun cuando Jean-Paul Sartre se declara tenazmente ateo en su conferencia «L'existentialisme est un humanisme», es

en *L'être et le néant* en donde es preciso buscar una justificación a su ateísmo y un desarrollo, más o menos feliz, de su ensayo de teología, o, como específica École, de anti-teología natural. Su ateísmo, que no conduce precisamente al pesimismo, aunque parezca comenzar con él, adquiere un carácter de lucha y esperanza, de salvación y confianza en la desnuda humanidad.

Dios no es más que un deseo inalcanzable del hombre, es la totalidad del en-sí-para-sí, es la Causa. El para-sí anhela alcanzar el en-sí inútilmente. La negación original consiste en la experiencia que tiene el para-sí de él mismo sin alcanzar el en-sí. Dios es una «pasión inútil» y la interrogación del hombre se vacía en la impotencia de su esfuerzo. La relación del para-sí con el en-sí (falso, sólo deseado) se da dentro de la intimidad del hombre. No existe relación con otro, como ocurre en el amor, en que el ser de otro es trascendente y exterior, es en-sí.

El ser del hombre, según Sartre, no necesita de la creación. Es increado; Dios no aparece como fundamento. La doctrina «teológica» de la creación *ex nihilo* resulta una patraña, ya que el ser que es concebido en la subjetividad del creador no puede salir de su ámbito; tendría un modo de ser intrasubjetivo. La criatura se identificaría con el mismo creador. Si se admitiera que las criaturas pueden ser separadas de la subjetividad del creador, la creación sería continuada o no; tanto en un caso como en otro, ella quedaría sin explicar, pues la criatura, o no mostraría la independencia absoluta y en-sí (sería nada), o su independencia le significaría una huñez respecto de su creador, un volverse contra Dios, desposeída de toda remembranza divina. École reprocha a Sartre el querer desvelar lo indesvelable, el intentar conocer lo que sólo es misterio de los lazos que unen a Dios con sus criaturas. Este misterio es el del mismo Dios; si alcanzáramos a desentrañarlo, seríamos iguales a Dios, seríamos Dios. Las ideas de autonomía de los seres creados y de su dependencia divina se armonizan. Sartre padece una aguda «miopía metafísica», afirma École.

Algunas pruebas de la necesidad de la existencia de Dios (la ontológica, la cosmológica y la de la perfección) son rechazadas por Sartre. Dios, ese ser «dotado de las cualidades esenciales de un espíritu», no existe. De aquí proviene el

sentido pesimista del hombre, que se encuentra desamparado. El para-sí no recupera jamás el en-sí; ambos presentan, como mendigos, su contingencia, su mutilación de totalidad. Sartre desarrolla este desaliento, esta náusea, en la novela *La nausée*. Y es en este punto donde el filósofo señala la autonomía del para-sí, que, con la conciencia que tiene de sí mismo y que le dió la náusea, establece sus fines y supera los obstáculos, creando los valores. Es un afán de lucha y de victoria lo que lleva al hombre al optimismo (y ello es una novedad dentro de las concepciones ateístas) y lo conduce a la voluntad de realizar una «conversión radical», el paso de la reflexión impura a la reflexión pura, que Sartre se propone explicar en su anunciado *L'homme*. La anti-teología sartriana ofrece muchos aspectos débiles; su argumentación no resiste una crítica consciente. École se pregunta si Sartre es un ateo convencido— «Porque —añade— a Dios se le puede poner entre paréntesis, pero no negarlo.» — MANUEL MANTERO.

GEX (Maurice): *Vers un humanisme cosmologique*, en «Revue de Théologie et de Philosophie», III, 1957 (págs. 186-205).

Es interesante esclarecer el sentido exacto de lo que sea humanismo, ya que en nuestros días es término defendido por todo el mundo; las antiguas concepciones caen por tierra y se tienden a considerarlo desde el punto de vista de una nueva conciencia de la situación del hombre en el Universo. Actualmente vivimos un renacimiento intelectual cuya expresión es precisamente el humanismo cosmológico que Gex presenta en este artículo. La denominación de «cosmológico» es una elección personal del autor, tomada de Niel ya que considera que, ante todo, el humanismo cosmológico tal como lo concebimos no es puramente científico, pero está fundado sobre una vasta visión cósmica en el seno de la cual está el hombre. El más célebre representante de este humanismo es el jesuita Teilhard de Chardin, de quien Maurice Gex toma el pensamiento para la exposición de su teoría; Teilhard se esfuerza, a lo largo de toda su obra, en conciliar la religión cristiana con la cien-